

La Revista a través de las décadas

Geney Beltrán Félix

Con la digitalización de todos sus números desde 1930, la Revista de la Universidad de México pone al alcance de cualquier internauta, de manera gratuita, ocho décadas de historia cultural mexicana e hispanoamericana. Los integrantes del actual equipo de redacción recapitulan los avatares de esta larga aventura editorial, así como la reciente inmersión en el mundo digital y el acercamiento a nuevos públicos.

Luego de varios meses de trabajo, la *Revista de la Universidad de México* cuenta con la digitalización de su acervo histórico. Ahora, cualquier persona, en cualquier parte del mundo, podrá conocer a través de Internet las ediciones del órgano de difusión humanística de la máxima Casa de Estudios del país desde noviembre de 1930. Esto tiene un gran significado cultural. A lo largo de poco más de ocho décadas —con dificultades, cambios e interrupciones—, esta publicación ha acompañado, fomentado y revisado la producción humanística de la Universidad Nacional y del país.

El primer número, con el nombre de *Universidad de México. Órgano de la Universidad Nacional Autónoma de México*, aparece en noviembre de 1930. Tiene como director al escritor Julio Jiménez Rueda. Su enfoque es el de una publicación que —como escribe Rafael Vargas Escalante en su muy documentado estudio “Datos para una historia de la *Revista de la Universidad de México* entre 1930 y 1970”— “quiere ser la expresión más

importante de la extensión cultural universitaria [...] y, sobre todo, lograr que sus lectores conozcan cabalmente lo que la Universidad es, cómo está estructurada [...], cuáles son las posturas e ideas de los universitarios con relación a los grandes problemas nacionales”. De este modo, se publican artículos sobre temas relacionados con las actividades de las distintas entidades de la Universidad. En esta primera escala es de notarse la necesidad que tiene la institución que estrena su autonomía para dar a conocer a la sociedad la importancia y viabilidad de su trabajo académico, y la vinculación que podría darse, siempre de mutuo beneficio, entre la sociedad y la Casa de Estudios.

La primera etapa de *Universidad de México*, que abarcaría hasta agosto de 1933, incluye también periodos en los que la dirección estuvo a cargo del escritor Andrés Iduarte (1932) y del historiador Pablo Martínez del Río (1932-1933). Entre septiembre de 1933 y enero de 1936, la publicación dejó de aparecer, debido a problemas fi-

nancieros y de gestión. Fueron años difíciles para la política del país, y eso también tuvo repercusión en los asuntos internos de la Universidad. Sin embargo, en febrero de 1936, bajo la dirección del poeta Miguel N. Lira, la revista renace, ahora con el nombre de *Universidad. Mensual de cultura popular*, para cesar su circulación en junio de 1938. En este periodo destaca la incorporación de escritores españoles y mexicanos, así como de pintores nacionales, en los índices de la publicación.

Luego de un extenso interludio, durante el cual la misma sociedad mexicana pareció dejar atrás momentos de discordia y confrontación, *Universidad de México* vuelve a la circulación en octubre de 1946, con el abogado Francisco González Castro como director. A partir del número de marzo-junio de 1948 y hasta el de abril de 1949, en ese puesto se encuentra el escritor hondureño Rafael Heliodoro Valle. El enfoque se vuelve notoriamente literario y humanístico, y destacan textos de autores como los poetas Efraín Huerta y Luis Cardoza y Aragón, por ejemplo. A continuación, la revista tiene al abogado Rafael Corrales Ayala como director, quien le da un sello académico e informativo.

En agosto de 1952, la *Revista* entra en una nueva etapa a partir de que el pintor Miguel Prieto es nombrado encargado, junto con Antonio Acevedo Escobedo. Como señala Vargas Escalante, *Universidad de México* “vuelve a ser una revista cultural variada y de gran interés”, con textos ensayísticos y poéticos de temas diversos, amén de un acercamiento al diseño en que ya se advierte la mano del joven Vicente Rojo.

A finales de 1953, los cambios en la administración de la UNAM conducen a que el poeta Jaime García Terrés asuma la dirección, en lo que se convertirá en una de las etapas emblemáticas de la revista y de la cultura mexicana. En la editorial del número de septiembre de 1953, se afirma que la revista

pretende ser el órgano de información más adecuado de las diversas actividades universitarias. Estas no se conciben en un sentido estrecho, como la serie de sucesos, medidas y actos administrativos y académicos que ocurran o se practiquen en el claustro, sino de una manera más amplia que, además de lo anterior, comprende los quehaceres de sus maestros e investigadores, en conexión íntima con los de quienes se dedican, aun afuera de la Universidad, a las tareas propias de la cultura superior.

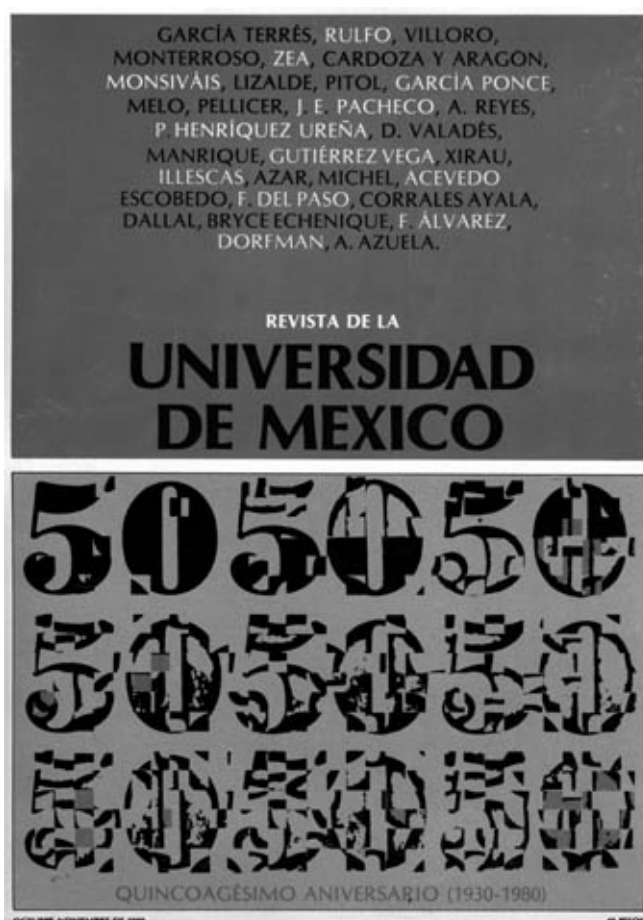
Lo cierto es que García Terrés superó en mucho ese objetivo. Esta época se destaca por la recurrencia de textos firmados por Carlos Fuentes, Eduardo Lizalde, Octavio Paz, Alfonso Reyes, Luis Cernuda, Alí Chumacero, Tomás Segovia, Juan García Ponce, José Emilio Pacheco, entre muchos otros nombres más, algunos de ellos en su plena juventud literaria, buscando y acercándose a



temas y enfoques novedosos, y otros dando muestras de una absoluta madurez creativa. También fluyen las colaboraciones de autores extranjeros, muchos de ellos de Sudamérica, como Gabriel García Márquez, Julio Cortázar y Jorge Luis Borges, así como traducciones de textos de figuras notables de la cultura occidental, como Herbert Marcuse, W. H. Auden o Igor Stravinsky. Las páginas conocieron ilustraciones de Vicente Rojo, Pedro Coronel, Juan Soriano, Alberto Gironella, entre otros más.

La publicación tiene un ánimo inquisitivo, abierto, con una curiosidad intelectual que trasciende las fronteras y que recoge, en ocasiones a través de números monográficos, algunas de las discusiones y realidades importantes del medio siglo, además de que otorga la oportunidad a numerosos representantes de las promociones literarias y humanísticas más nuevas de participar en el diálogo intelectual, y acompaña la producción cultural en distintos foros de la propia Universidad. Como lo consignó Alberto Dallal:

Era una publicación variada y a la vez concentrada, cualidad muy difícil de lograr; era literaria e inquieta por las ciencias sociales, realmente universitaria: un abanico universal de temas y colaboradores; en esa época pueden apreciarse en toda su magnitud las enormes posibilidades del ensayo interpretativo; hay temas y autores que se dan a conocer en México; la revista refleja el desarrollo de acontecimientos y fenómenos: marxismo, existencialismo, psicoanálisis...



La gestión de García Terrés al frente de la revista termina en agosto de 1965; en mayo el poeta ha sido nombrado titular de la embajada mexicana en Grecia, y la revista recibe al filósofo Luis Villoro en la dirección, quien desempeñará este puesto por diez números, hasta agosto de 1966, y le da a la publicación, aun manteniendo la diversidad literaria, un enfoque hacia temas del pensamiento y la filosofía.

Gastón García Cantú releva a Villoro a partir de septiembre de 1966, y durante su dirección, hasta el número de marzo-abril de 1970, le señala a la revista una impronta afín al debate de temas políticos y con una reducción a un enfoque mexicanista, como resume Vargas Escalante, aunque el nivel de calidad se advierte en los colaboradores seleccionados, como Agustín Yáñez, Juan José Arreola o Jaime Torres Bodet, así como autores más jóvenes: Carlos Monsiváis, Esther Seligson, Carlos Montemayor, Vicente Leñero, entre otros.

Los nuevos tiempos vieron la llegada del filósofo Leopoldo Zea a la dirección de la revista, quien profundizó la deriva política, enfocada en temas de la problemática de Latinoamérica, y quien fue sucedido en el cargo por el jurista Diego Valadés. Posteriormente, la publicación contó, en forma sucesiva, con la dirección de tres escritores: Hugo Gutiérrez Vega, Arturo Azuela y Julieta Campos. Se trata de tiempos de veloz transformación de la sociedad mexicana, a partir del trauma histórico que significó la matanza del 2 de octubre de 1968 en Tlate-

lolco, así como de la bonanza económica que reportó el hallazgo de yacimientos petroleros. La revista pasa por un momento de gran diversidad temática y con una fuerte presencia de escritores, intelectuales y artistas plásticos, en muchos casos vinculados a través de la docencia o la promoción cultural con la Universidad. Esta pluralidad traduce en mucho los cambios que se están registrando en la república letrada, merced a las políticas de apoyo, por ejemplo, a la edición de autores mexicanos.

Julieta Campos, en su editorial de mayo de 1981, señala: “En el nombre lleva [la revista] el sello de su idiosincrasia: ámbito de encuentro entre la cultura que germina en México y la que se hace en todas partes, plural como la institución que la propicia, no ha sido ni será órgano de grupos sino foro abierto a la expresión libre sin otro requisito que la calidad, la autenticidad y la vigilancia intelectual”.

Para enlazar la revista con la labor de uno de sus pilares más notables, este número incluye un poema de Jaime García Terrés, “Elogio de la locura”, así como “Escribir y decir (Conversación en la Universidad)”, un texto en que Octavio Paz, ya de gran reconocimiento intelectual y director de la revista *Vuelta*, se dirige a estudiantes universitarios de la ENEP Acatlán, durante el ciclo *La experiencia literaria*, de 1979. Esta etapa da muestra de un enfoque internacionalista, con una inclinación a discutir temas de la actualidad política, así como de las principales aristas del pensamiento contemporáneo.

La gestión de Julieta Campos, hasta 1985, dio paso, en un contexto de agitación social en la Universidad y en el país, a la participación, los siguientes años, de Federico Reyes Heróles, Horacio Labastida, Fernando Curiel, Alberto Dallal y Ricardo Pérez Montfort en el puesto directivo de la revista, en el periodo que lleva al cambio de siglo, hasta 2004, y que pasa por las raudas transformaciones de las relaciones políticas en el país. Podemos identificar en este lapso cómo la revista goza de una plena consolidación ante sus lectores: es ya la heredera consciente de una larga tradición editorial fincada en el diálogo intelectual que entrelaza culturas, épocas, disciplinas y generaciones. La pluralidad de colaboradores, temas y enfoques a lo largo de estos años incluye números monográficos sobre temas de política contemporánea, filosofía, ciencia, sociología, derecho, además de, por supuesto, uno de los hilos medulares de la historia de la revista: la literatura.

El espacio que demarca este periodo es también sintomático de una Casa de Estudios en la que conviven pensadores, creadores e investigadores de distintas filiaciones reflexivas, edades y enfoques. No deja de ser necesario mencionar que la revista, ya instalada como una suerte de vocero de la pluralidad intelectual de la institución, también está abierta, en mayor o menor grado, al registro de la producción humanística del extranjero.